

Reseñas

HERBERT BRAUN: El Rescate. Diario de una Negociación con la Guerrilla. Editorial Norma. Santafé de Bogotá, 1998. 336 págs.

EL RESCATE: UN ENJUICIAMIENTO MORAL A LA SOCIEDAD Y A LA GUERRILLA

DE LA EXPERIENCIA AL TESTIMONIO

Una mañana de fines de junio de 1988, Herbert Braun, Tico, profesor de Historia de la Universidad de Virginia, supo que se convertiría en negociador del rescate de su cuñado Jacopo Gambini, Jake. Horas atrás Jake había sido secuestrado en Sabana de Torres, Santander, por un comando guerrillero. Aunque jamás se dice en las más de 300 páginas, por los testimonios de Jake hay indicios que señalan a las FARC, aunque la primera suposición de Braun recayó en el ELN.

Braun es intermediario y organizador de un testimonio de esa experiencia personal y familiar que terminó felizmente en la primera semana de noviembre

del mismo año. Este papel fortuito, aunque predecible, le facilitó armar **El Rescate. Diario de una negociación con la guerrilla**, un relato a varias voces: "He compuesto la historia de Jake y la mía, y quizás he abierto una puerta al mundo de la guerrilla y de Colombia. La voz de Jake y la mía se diferencian mucho de las demás. Espero no haberlas ahogado, pues eso equivaldría a reproducir los silencios y malentendidos de que se lamenta Tirofijo en el epígrafe con que comienza este libro".

He aquí el lamento del jefe guerrillero: "Entre ustedes, los de la ciudad y nosotros que hemos estado enmontados, hay de por medio una gran montaña. Las voces de ustedes, las voces de nosotros no se escuchan, pocas veces se hablan... De no-

sotros es poco lo que se sabe entre ustedes, de ustedes es poca la historia que conocemos por aquí”.

En **¡Mataron a Gaitán!**, recientemente reeditado, Braun demostró su dominio de las técnicas de la historia oral. A principios de los años ochenta, investigó la protesta estudiantil que llevó a la masacre de estudiantes en la ciudad de México el 2 de octubre de 1968. Por entonces, quería compararla con el bogotazo. Por eso puede inferirse que cuando decidió escribir este testimonio volvió a textos como los de Elena Poniatowska, **La noche de Tlatelolco. Testimonio de historia oral**, o a **Los Periodistas**, el libro de Vicente Leñero sobre la intervención del presidente Luis Echeverría en el diario **El Excelsior** en 1976.

De estos autores aprendió la eficacia de intercalar en la narración citas que se transforman en voces representativas de un estado subyacente de opinión pública y que dan clarividencia y un sentido moral a la trama. En **El Rescate** se intercalan voces de guerrilleros, filósofos, intelectuales, periodistas. Y puede constatarse una deliberada aproximación al género autobiográfico, individualista por excelencia, y a las técnicas de la novela, aunque sin llegar a novelar como Leñero, o como García Márquez en **Noticia de un secuestro**, o si se quiere, como en

el texto paradigmático de la literatura testimonial, **A sangre fría**, de Capote.

Braun asume la maleabilidad de la memoria de los actores de cualquier episodio: “Me gusta —confiesa— preguntarle a la gente sobre su pasado y sobre la manera como lo recuerdan, especialmente cuando lo recuerdan de maneras totalmente diferentes y tienen opiniones encontradas sobre éste y sobre lo que es bueno y lo que es malo”. De ahí salió, en buena medida, su libro sobre Gaitán y el bogotazo.

Atendiendo a los mecanismos expresivos puede decirse que **El Rescate** es un trabajo de ficción aunque su asunto no sea ficticio; por la fidelidad a los hechos puede catalogarse de periodismo documental. Pero es, además, una interpretación histórica y política del movimiento guerrillero y, por si fuera poco, el autor toma el riesgo de ofrecer su visión moral que comparte con Gambini. Es una crítica demoledora de la moralidad social dominante en Colombia que incluye la moralidad de la guerrilla secuestradora y cuya clave sería ésta: ya no quedan “voces públicas” en Colombia, como lo fueron las de Gaitán, el padre Camilo Torres, o lo fue la misma guerrilla. Estas últimas facetas son el objeto de mi comentario.

No me voy a detener en la narrativa del secuestro, aunque sí creo oportuno señalar: 1) que el autor logró imprimirle verosimilitud y ritmo y pudo demostrar el triunfo moral del irreductible individualista que es Gambini, frente a sus secuestradores. 2) Que ciertas ideas fijas que vienen circulando de tiempo atrás sobre guerrillas, políticos, paramilitares, ejército y policía, procesos de paz, adquieren en **El Rescate** un poder de convicción sorprendente, que no poseen dentro del discurso académico. Creo que esto puede achacarse a la técnica narrativa. Con todo y lo tentador que sería recontextualizarlas, no lo haré en esta nota para no correr el riesgo de perder el hilo central de este libro que, a mi juicio, es su visión político-moral.

En alguna parte del libro se dice que "los secuestros en Colombia tiene unas reglas claramente establecidas". Después de leer una breve y sustanciosa monografía publicada en 1992 por la Universidad de los Andes, **Las negociaciones de secuestros: testimonios en Colombia**, tengo la certeza de que el caso Gambini no se apartó de dichas reglas. Si damos crédito a los autores de esta monografía sus conclusiones resultaron decisivas para el cambio de legislación que terminó criminalizando la negociación con los secuestradores. Pero el secuestro de

Gambini fue en 1988 y en el relato abundan las instancias en que fue mejor que no hubiera un Estado interfiriendo en la negociación. Además, no parece que el cambio de legislación haya incidido en los altos índices de secuestros en Colombia.

El libro apareció hace cuatro años en inglés bajo el título **Our Guerrillas, Our Sidewalks. A Journey into the Violence of Colombia**. Para el autor y los editores debió ser un dolor de cabeza ponerle un buen título en español y no estoy seguro de que lo hayan logrado. Nuestras guerrillas, nuestros andenes. Un viaje a la Violencia en Colombia, puede parecer desconcertante pero refleja mejor el contenido del libro y el propósito del autor. Subraya, por ejemplo, de qué modo "nuestro roce con la violencia" colombiana de que hablan los protagonistas en la voz de Tico, es lo que los ingleses llamarían un understatement. Porque aquí se relata un viaje al infierno de esa violencia, la estaba en sus círculos de "terror" y "agonía".

Ahora bien, ¿cómo se convierten los andenes en la metáfora que da sentido y proyección a los análisis históricos y sociológicos y a las reflexiones morales sobre la sociedad colombiana, incluida en ella, como parte integral, la guerrilla secuestradora?

ANDENES BOGOTANOS

Braun nació y creció en Bogotá. Su padre había llegado a Colombia en 1920 como aprendiz de una ferretería alemana. En 1932 se casó en Bremen con su madre, también alemana. Y Braun recuerda que desde su infancia escuchó en su casa aquel antiguo proverbio alemán: "el aire de la ciudad nos hará libres". Proverbio que daría pie a Max Weber a elaborar una de las más profundas e influyentes reflexiones de la sociología contemporánea: la ciudad como negación radical de la servidumbre feudal, como productora y reproductora de la modernidad, la racionalidad, el individualismo.

"Mi padre siempre mencionaba que había crecido en Hamburgo y Bremen, dos de las primeras ciudades libres de Europa", dice Braun y añade: "**Bürgersteig**. La palabra alemana para andén. **Steig**. Un escalón arriba de la calle, del barro, cuidadosamente construido, parejo y predecible. Hecho para caminar en él. **Bürger**. El 'ciudadano'. La libertad de la ciudadanía, todos nosotros ciudadanos iguales ante la ley, caminando juntos, adelantándonos cómodamente unos a otros en nuestros andenes. Los andenes nos unen. Son signo de nacionalidad, incluso de civilización".

Pero, "los andenes en Bogotá no están hechos para que uno

camine por ellos". De eso se quejaban sus padres, buenos caminantes como suelen ser los alemanes. Muchos años después, Tico recuerda la queja y le encuentra sentido a nuestra incivilidad. Hace un amplio inventario de los andenes bogotanos de hoy, extensión de la propiedad privada, que, siendo públicos, terminan siendo privados. Quienes logran transitar por esos espacios de relieve difícil, socialmente ambiguos, legalmente desprotegidos, son individuos atomizados, cada cual en pos de sus propias metas. Seres enajenados de lo público porque la fórmula para sobrevivir en Colombia consiste en "estar públicamente muerto y privadamente vivo". Si uno es propietario, extiende al andén sus derechos. Si uno camina por ellos, lo hace sigilosamente, esquivando, y anhelando tener en la vida su propio andén que cuidar.

Braun proyecta: las parcelas campesinas son como los andenes. El campesino se mata por adquirir y defender "este pedacito de territorio individual"; se hace matar por él. Llega a matar por él. Pero el campesino es un excluido al punto que, en las zonas de cultivos ilícitos y frente a los narcos, "la guerrilla es la única que queda para proteger a los campesinos". Pero "la gente de la ciudad apoya al gobierno (en contra de la gue-

rrilla, MP) activa o pasivamente. Saben a dónde van. Los andenes evitan que la guerrilla llegue al poder. Y los andenes mantienen viva a la guerrilla”.

GUERRILLA IRRELEVANTE, NARCO PROMETEDOR Y TEMOR A LOS POBRES

Aquí vemos la facilidad con que Braun traslada su argumento de fondo, la ausencia de ciudadanía, al análisis del imaginario derivado de la presencia guerrillera. Intenta descifrar una situación en la cual el “capitalismo salvaje”, que ha vuelto con fuerza a Colombia, y los secuestros “son las caras de una misma moneda”. Con capitalismo salvaje no queda más que esperar la retribución: “Así, pues, la guerrilla y los secuestros no son una sorpresa para nadie. Son sencillamente una forma de recompensa. La guerrilla administra una especie de justicia cruda recuperando algunos recursos de los ricos y los poderosos”.

Las voces públicas que denunciaron el capitalismo salvaje como antítesis de la democracia ciudadana han desaparecido. Nada ni nadie las ha reemplazado. La ausencia de voces públicas que pidan andenes públicos para que por ellos caminen cómodamente ciudadanos iguales ante la ley pasa inadvertida. La ausencia de voces públicas que reclamen la ciudadanía se ha instalado como una condición nor-

mal de la moralidad colectiva y cotidiana de los colombianos.

Mientras mata tiempo durante la negociación, Tico percibe que en la Bogotá de 1988 la gente no quería hablar de una guerrilla irrelevante, a la que ya ni siquiera defendían tibiamente los antiguos intelectuales marxistas. La gente se interesaba por los narcos. La guerrilla representaba un pasado, mítico quizás, en todo caso problemático porque está instalado en el corazón enfermo de la historia nacional, mientras que los narcos eran un presente racional, discernible, acaso con futuro. En el trasfondo, el capitalismo salvaje había creado unos nuevos espacios sociales en los que se libraba una lucha entre las viejas élites y las nuevas élites del narcotráfico. Lucha que permeaba estilos, comportamientos, actitudes, visiones, que llegaba a las prepotentes clases medias urbanas y bajaba a las clases populares y a los campesinos.

De su experiencia de negociador concluye que “la guerrilla está muerta, acabada”. No es una alternativa pública, aunque sea un actor público, status que se le deja para que pueda dialogar con los políticos, cada vez que convenga a unos y otros. “Los políticos no quieren deshacerse de la guerrilla porque, así, siempre pueden preguntar a la gente si prefiere el sistema actual o una nación gober-

nada por la guerrilla, sabiendo perfectamente que la mayoría de los colombianos considerarán a los políticos como la mejor opción entre las dos". En cuanto a los guerrilleros, "saben que con la paz dejarán de existir. Sin las armas no podrán competir con otros que buscan el poder en cientos de pequeños caseríos en todo Colombia".

En la soledad y el silencio de las selvas, la guerrilla, ahogada en su propia violencia, y como los secuestradores comunes, de los que quiere distinguirse, no pasa de ser una forma aceptada de retribución en el orden del capitalismo salvaje. Precisamente porque la guerrilla ya no es revolucionaria, sino limitadamente redistributiva, las élites pueden convivir con ella. Es decir, porque aceptan la retribución: "las élites ven a los demás colombianos tan claramente inferiores, tan diferentes, que realmente el temor es lo único que las une con los pobres".

LA CRITICA DE UN LIBERAL JEFFERSONIANO

Cuando el profesor Braun se enteró del secuestro de su cuñado aún sudaba la camiseta de su competencia ciclista mañanera con sus vecinos por los alrededores de Charlottesville. Enseña en la universidad que fundó Jefferson. En los paisajes de los bosques de Virginia fincaba su identidad colombiana en

el ciclismo y en tomar mucho café. Pues los ciclistas colombianos son los escarabajos reconocidos en el mundo que han llegado a serlo trepando por las pendientes cultivadas de café. Uno no puede dejar de hacerse una composición de lugar. He aquí un colombiano individualista, alimentado de alguna manera por el espíritu jeffersoniano de la libertad primigenia de los bosques sajones, antes de que los reyes y reinas de Inglaterra la conculcaran. Súbitamente ha llegado a un momento presentido: el secuestro de su cuñado a quien admira profundamente. "Hombre hecho a sí mismo", para quien el mercado es una extensión de la naturaleza humana. Desde esa lejanía de tonalidad jeffersoniana que le recuerda constantemente el liberalismo aprendido de sus padres, Braun piensa que este secuestro es el precio de ciudades sin ciudadanos, y sin voces públicas, donde campea el capitalismo salvaje. No obstante, en las últimas páginas vuelve, tozuda, la pregunta: ¿acaso Gambini no es el mejor producto de ese capitalismo salvaje?

El lector de **El Rescate** se encontrará descolocado. En las antípodas de **Noticia de un secuestro**, estará asediado de comentarios sobre lo que es bueno y lo que es malo con Colombia y la guerrilla que recuerdan el tono de personajes de Dostoievski o Camus. Una guerrilla que

secuestra no puede resultar en algo bueno para el país si se toma el poder. Si desde la oposición la guerrilla viola tan radicalmente los derechos humanos, ¿qué será si llega a ser gobierno? Pero no lo será. Seguirá en lo mismo porque a nadie en el poder le interesa que desaparezca.

No hay que estar de acuerdo con Tico. Su preferencia por sujetos con ideas y sentimientos enfrentados a dramas de corto tiempo como el bogotazo o Tlatelolco y al drama ancilar de recordar y juzgar sus vivencias, quizá lo llevan a desconfiar de las explicaciones estructurales, panorámicas. Creo, sin embargo, que hay un balance entre el escenario, el lenguaje y la subjetividad de los actores del drama. Ese balance es cambiante; unas veces predominan las estructuras escénicas y lingüísticas, otras la psicología de los personajes. El quid del oficio de historiar está en descifrar esos cambios. Pero el narrador también hace parte de su historia: ¿qué pensaría Braun de no haber tenido este "roce de la violencia"?

Sus palabras duras tienen autoridad aunque, quizá, no todos sus conceptos alumbren como él espera. Esa estructura ubicua a lo largo del texto, "el capitalismo salvaje", explica ¿por qué se mantiene en Colombia una tradición jurídica, legal y policiva que protege primero la propie-

dad y subsidiariamente las personas? ¿Por qué se pone por delante la lógica del capital y no el principio de comunidad? Y al fin y al cabo, ¿no se trata de una estructura mental, terriblemente interiorizada? ¿Acaso Gambini, como un paterfamilias responsable, en la mejor tradición del *ius civile*, no pensó que suicidándose se vengaría de sus secuestradores, cancelándoles toda posibilidad de recibir la recompensa que negociaban? Es decir, antes que la vida debe estar la herencia patrimonial de la familia.

Para que este texto inteligente no corra la suerte de muchos otros textos similares, y no quede como un soliloquio sin destinatario, debemos dialogar con él. Escuchar las voces en su registro privado (Jake, Tico, Ulla) y en su registro público (Tico, los guerrilleros, los periodistas et al). No es para estar de acuerdo o en desacuerdo, sino para asegurarnos que es imperativo rescatar las voces cívicas.

Si en Colombia no tenemos un discurso de paz, pero sí muchos libretos y cartas de navegación de "negociación y diálogo" con la guerrilla, y hasta con los paras, se debe a la prolongada ausencia de diálogo público, el único sustituto saludable del grito y el silencio. **El Rescate** incita a ese diálogo.

MARCO PALACIOS

Profesor del Colegio de México.